

/. P.C.E.

SIG.: 2.1/2002

En el treinta y cinco aniversario de la muerte
de Blasco.

Por Julie JUST.

Blasco Ibáñez no es sólo un gran novelista, de estilo robusto, cráneo de tipos perdurable, sobre todo los de carácter popular; es también un combatiente de la libertad que ha dejado huella honda. No es por pura azar el que Valencia, su ciudad natal, en cuyo cementerio civil se guardan sus restos, después de haber estado seis años en el de Mentón, ciudad donde murió, por ahora hace treinta y cinco años, no es por pura azar que Valencia fuere el último baluarte de la República en la guerra civil. El genio político de Blasco, republicano, de la gran escuela española, animó a los valencianos y a cuantos españoles se encontraron en la gran ciudad mediterránea en aquellas trágicas momentos. Cose el Cid, ganó batallas después de muerto. Y desde luego ganará la última, la que acabará con la dictadura establecida en España.

Ese rasgo de su personalidad, no bien conocido por la mayor parte de sus biógrafos, que por lo general hablan sólo del literato, de sus grandes creaciones, de sus viajes, aparece en Blasco antes que él sea escritor. Siendo casi un niño, en el Instituto, ya soñaba con ser un tribuno del pueblo. Unos libros caídos en sus manos, algunos editados por Cabrerizo, liberal que padeció cárcel y estuvo en el exilio, habían hecho del hijo de una familia carlista, es decir, adicta de la monarquía tradicionalista, un rebelde. Desde entonces no había declarado enemigo gobernante de los tiranos, del poder absoluto y paladín por consiguiente de los oprimidos y los humildes. Entre los libros que operaron en él mudanza tan radical e insospicuada, dadas las tradiciones de su familia, figuran la "Historia de la Revolución francesa", de Michelet, que años más tarde había él de traducir de nuevo, enriquecida con documentos de la época y con notas suyas; la de Luis Blasco, cuya vida novelaesa, de don Quijote de la República, lo fascinaba; y la "Historia de los girondinos" de Lamartine. Su mayor ambición era ser el Danton español.

Todo lo cual explica el que antes de haber publicado nada apreciable, ni siquiera sus libros de juventud que no aparecen en su bibliografía, ya se evadió de su casa para conocer el Madrid de las revueltas y oír a Pi y Margall, el gran republicano. Y más tarde, por haber escrito un soneto contra el trono y tomado parte en Valencia en una intentona republicana, tuviera que exiliarse. Ya sin cesar en ese combate, habiendo alcanzado popularidad en Valencia y sus pueblos, y más tarde en toda España por su eloquencia, que hizo que le sigan las gentes y se batan por él, y que lo acarrenan persecuciones y duelos, Blasco funda el periódico "El Pueblo". Periódico que bien pronto se sitúa a la cabeza de la numerosa prensa republicana española, aunque en ella hay maestros del periodismo. Y en sus columnas, alternando con sus artículos artísticos de fondo que levantan tempestades de entusiasmo, que ponen a Valencia en vilo, dando publica, como folletín, sus primeros cuentos valencianos, algunos de los cuales, como el que lleva por título "Dionis", son pequeñas joyas literarias, que le ponen a la altura de Maupassant y de Daudet; y sus grandes novelas regionales, entre ellas "La Barraca", encendida a escribir en una taberna del puerto de Valencia donde había tenido que refugiarse, huyendo de la policía, a mediados de 1895, después de una sangrienta refriega con la fuerza pública por haber organizado una huelga de protesta contra los colonialistas españoles, culpables de la funesta guerra de Cuba, sangría suelta de España, contra la que estaban Pi y Margall, Cuesta y otros grandes republicanos, partidarios de la autonomía, mientras Cánovas, jefe de los conservadores españoles se oponía diciendo: "Antes que eso, hasta el último hombre y la última paneta". Guerra, dignísima para recordar cosas que tienen gran actualidad hoy y pueden servir de enseñanza, que dio lugar a la desatención con los Estados Unidos en 1898, que a muy poco precio dió a éstos categoría de potencia mundial, haciendo que se interesaran por los asuntos de China y en general del Pacífico, ya que España el mismo tiempo que los codificó Cuba y Puerto Rico en el Caribe, hubo de cederles el archipiélago filipino, con sus tres mil y pico de islas, que poseía desde el siglo XVI.

Otro recuerdo de la obra literaria de Blasco, de sus ardientes luchas políticas sostenidas contra los Borbones de España y en defensa de la República, es su libro "Tres meses en el país del Arto", fruto de su estancia en Italia en donde hubo de refugiarse, como consecuencia del movimiento revolucionario provocado por él en Valencia en 1895, al que me referí antes. Lo que no inspiró que a su vuelta a España, creyendo beneficiar de una amnistía, fuera encarcelado, sometido a un Consejo de guerra y condenado a varios años de presidio, que no cumplió por haber sido elegido diputado por Valencia. En fin, apenas si hay más allá de cinco o seis libros entre los cuarenta que figuran en su bibliografía sin un eco, sin una resonancia de esas bellas suyas por la libertad, la conciencia y la justicia social. Libros de combate, aunque sean buenas y aún grandes novelas algunas de ellas, son "El Intruso", "La Bodega", "La Horda", "La Catedral".

Puede sorprender, pues, el que un día, cuando Blasco a la vuelta de un viaje alrededor del mundo, sobre el cual escribe un libro con estupendos paisajes literarios, se entera de que Primo de Rivera, el 13 de septiembre de 1923, de acuerdo con Alfonso XIII, ha violado la Constitución y establecido su dictadura, dejara su pluma de novelista y tomara de nuevo la del periodista de "El Pueblo", la del autor de "Al pasar...", famoso artículo publicado en 1903 contra el Rey, que provocó en el Parlamento un ruidoso debate al discutir la demanda de supliciterio.

Fué entonces cuando comienza su valiente campaña contra la dictadura militar establecida en España y sobre todo contra el Rey, y verdadero autor de ella, ya que era la primera etapa para llegar al poder personal, con el que soñaba desde hacía años, como se transparentaba en algunos de sus discursos, sobre todo en el que pronunció en Córdoba, sin saberlo su Gobierno, en que afirmaba que con media docena de cotilloneras resolvía de cuajo el problema español. Por eso en sus artículos que escribió para "España con horas", periódico fundado en París en compañía de Unamuno y Eduardo Ortega y Gasset, aconsejaba a todos que enfilen la puntería en sus artículos y campañas contra Alfonso XIII, digno biznieto de Fernando VII, el rey de triste memoria, recordando la frase de Nelson a los artilleros de su flota en la jornada de Trafalgar: "Mírad al enemigo, no a las velas". El enemigo, ya se subreentende, era el Rey, y el velamen Primo de Rivera.

Fruto de esa campaña que transfigura a Blasco, como si por ensalmo hubiera vuelto la juventud, son sus dos folletos: "Alfonso XIII desmascarado", "El terror militarista en España", escrito en París, en cuatro días en el Hotel del Louvre, que resuena en Hispania como un cañonazo y del que habla toda Europa, pues se traduce a varias lenguas. En el otro folleto aparecido pocas meses después, de gran actualidad como el primero, sostiene que sólo la República podía resolver los problemas nacionales y que forzadamente sería implantada.

Mástima que Blasco muriera antes. Sin duda hubiera sido su primer Presidente ayudando a curazarla su inmenso prestigio y su profundo conocimiento de los problemas de nuestro tiempo. En todo caso, a vivir hoy estaría como siempre contra un régimen como el implantado "con las puntas de las bayonetas" como dijo en Valencia el general Franco y no "por las papoletas", como dijo también con acero despectivo, aunque es con ellos como en los pueblos libres se resuelven pacíficamente las contiendas ciudadanas, poniendo con carácter temporal el Gobierno en las manos de los que, en cada momento, estima mejores.